



# JAMES POTTER

AND THE MORRIGAN WEB

**G. NORMAN LIPPERT**

Based upon the characters and worlds of J.K. Rowling  
COVER BY JOHNNY ATOMIC OF LEAGUE ENTERTAINMENT



## Capítulo 11

### La Historia de Quinn

Una serie de estallidos sonaron a lo largo del Expreso de Hogwarts cuando el gran tren rojo comenzó a marchar lentamente fuera de la estación de Kings Cross, emergiendo en una fina y grasienta llovizna. James compartió una cabina con Rose, Ralph, Albus, Louis y Lily, la cual se apoyó en su hombro, entrecerrando los ojos y mirando a Londres pasar más allá de las ventanas cubiertas de lluvia, como si fuera la película más aburrida del mundo. Cuando las estrechas calles y edificios comenzaron a pasar, James vio que la mayor parte de la nieve se había derretido, dejando solamente sucia aguanieve y canaletas goteando.

Nadie habló.

El fin de las vacaciones había sido incómodamente apremiante y silencioso. James sólo lo comprendió vagamente. El aspecto extrañamente antagónico de Titus

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

Hardcastle, aparentemente había solidificado una grieta cada vez mayor en el departamento de Aurores. Por un lado estaba el padre de James, Harry, jefe del departamento y de mala gana, famoso símbolo de la lucha contra la magia oscura. Por otro lado, más sorprendentemente, estaba Titus Hardcastle, desde hacía mucho tiempo leal compañero, pero de repente confidente y favorito de confianza del Ministro de Magia con su asesor más cercano, el propio director Grudje de Hogwarts.

Por supuesto, nada oficial había cambiado. Harry Potter todavía estaba a cargo del departamento de Aurores. Y sin embargo, hubo un cambio definitivo en las responsabilidades, con Hardcastle siendo asignado a la mayor parte de las tareas activas, mientras que Harry era asignado cada vez más para las misiones diplomáticas de embajadores.

La profesora McGonagall, quien se había quedado hasta bien entrada la noche después de la aparición de Hardcastle en la noche de Navidad, había admitido sus propias sospechas.

—Hardcastle es un soldado obediente, —había escupido en voz baja con sus ojos brillantes como cuarzo. —No es un hombre inteligente. Es por eso que lo prefieren sobre ti, Harry. Él sigue las órdenes y no las cuestiona. Los hombres como él son de gran valor para los tiranos.

El padre de James no había sido tan confiado. —Loquacious Knapp no es un tirano, —suspiró, ayudando a Ron Weasley a encoger el comedor nuevamente a su tamaño normal. —Es complicado. Desde la debacle el año pasado en los Estados Unidos, cuando caí bajo sospecha de la Oficina de Integración Mágica, el Ministerio ha pensado que es mejor que la mía no sea la cara del organismo nacional de magos. Es la política, así de simple.

James tuvo la sensación de que, en cierto modo, los dos estaban bien. Esto se hacía aún más preocupante por la aparición de El Coleccionista bajo la apariencia del nuevo vicepresidente estadounidense. No era tanto que su padre pusiera en duda la palabra de James (quien había, de hecho, mostrado gran seriedad y confianza en relación con el tema) pero eso parecía ser muy poco lo que él podía hacer al respecto.

—El Ministro de Magia no oírás ni una palabra de eso, —admitió a regañadientes. —El hecho es que hay conspiraciones y amenazas por todas partes, con el mundo mágico infringiendo cada vez más los asuntos Muggles. Pero voy a

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

estar observando, y no sólo yo. Hay muchos que permanecen leales. Incluso algunos de los que trabajan junto a Titus. Lucinda, por ejemplo.

James había farfullado. —¡Pero...! ¡Ella me disparó! ¡Ella estaba con él esta noche cuando cayeron en este lugar como una carga de ladrones!

—Lucinda es diferente, —insistió Harry, oscureciendo su frente. —Ella sigue órdenes, pero piensa. Está atrapada entre lealtades. No creo que esto sea fácil para ella. Va a ser leal hasta final. Confía en mí.

En el momento en que él, Albus y Rose habían sido devueltos al ático, bajo la mirada malévola de un Kreacher muy descontento, había sido casi la medianoche. Y aun así, Ralph, Lily y los demás habían insistido en una explicación detallada de todo lo que había sucedido. La mayor parte de esta responsabilidad recayó sobre James, el único que había oído la discusión en el comedor y observado la llegada de Hardcastle y sus aurores. Finalmente, horas más tarde, les había contado un poco de todo.

—El Coleccionista, —sacudió la cabeza con cansancio. —ya no se esconde en Nueva Ámsterdam, esclavizando a la gente para ayudar a hacer su súper arma La Red de Morrigan. Está de alguna manera abriéndose paso para convertirse en el nuevo vicepresidente estadounidense. Probablemente envió a su propia gente para acabar con el anterior, sólo para poder tomar su lugar.

Al decirlo en voz alta, James se dio cuenta de lo verdaderamente aterrador que era. Los demás parecían sentirlo así con sus ojos vidriosos y cansados, brillando con sorpresa e incredulidad. Todos a excepción de Victoire y Louis, que eran incrédulos de todo el asunto.

—Todos ustedes están endemoniadamente engañados, —Louis anunció malhumorado, apagando la linterna sobre su litera. —Incluso si conocieron a algún tipo mago malvado en Nueva Ámsterdam, no puede ser el mismo que se hace cargo de la vicepresidencia. Hay como, leyes sobre ese tipo de cosas. El presidente no puede simplemente nombrar a cualquier viejo amigo suyo para la vicepresidencia.

Nadie respondió a la objeción de Louis, en parte porque estaban demasiado cansados, pero también en parte porque, James podía ver en las caras de Rose y de Ralph, quienes en secreto querían creerle. De repente, la emoción del misterio se había convertido en una puñalada muy real de miedo y con la sensación de que las

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

cosas habían empezado a girar fuera de control en una escala verdaderamente monumental y aterradora.

Si un mago oscuro había asesinado y engañado para convertirse en el segundo hombre más poderoso en el mundo libre Muggle, ¿qué le impediría terminar el trabajo? ¿Qué detendría al Coleccionista de matar al presidente y hacerse cargo por completo? ¿No es eso (la conquista y el sometimiento del mundo Muggle) por lo que el más oscuro de los magos oscuros siempre se había esforzado? Voldemort lo había intentado a través de insurrecciones en el mundo mágico, con ejércitos de camaradas oscuros y terrorismo mágico generalizado. Ahora, el Coleccionista (y su misterioso benefactor) parecían a punto de terminar la tarea con un simple engaño. Hubiera sido imposible, de no ser por el importante deterioro del Velo del Secreto, puesto en marcha por Petra Morganstern, hace meses.

James durmió muy poco esa noche. Sintió, por los ruidos inquietos procedentes de las literas a su alrededor, que no era el único.

Así, cuando el Expreso de Hogwarts se abrió camino en el mosaico de niebla, campos y colinas, dominado por un manto de bajas nubes color pizarra, eran un grupo rendido y cansado que se recostaba en el compartimento de James. Todos a excepción de Louis, quien había dormitado hasta las diez de la mañana y estaba tan alegre como un duende del bosque.

—Muy bien, —anunció, finalmente, —¿Quién quiere jugar Winkles y Augers? ¿James? Siempre eres digno de una burla.

—Silencio, —Ralph murmuró, retrocediendo aún más en el cuello de su pesada capa.

—Todos ustedes son una carga de idiotas, payasos, —Louis anunció con exasperación. —Debería haber ido con Scorpius a espiar a los Slytherin. Scorpius puede ser un zalamero y un poco idiota, pero los Slytherin siempre tienen buenos aperitivos.

—Bueno, tendrás que perdonarnos, —Rose se puso rígida. —Nos quedamos despiertos toda la noche discutiendo el fin del mundo, es todo.

—Incluso si es el fin del mundo, —dijo Louis, poniendo los ojos en blanco, —no significa que tengamos que estar deprimidos por ahí como una carga de



## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

gusarajos. —Él se subió a su asiento, tomó la bolsa de James en el estante de arriba, y comenzó a hurgar en ella. —¿Dónde está tu varita, James? Nadie es tan divertido para batirse en Winkles y Augers como tú.

James se dio la vuelta, agitando una mano con irritación. —¡Fuera de mis cosas, cretino odioso. Mi varita ni siquiera está ahí.

—¿Alguna vez la has tenido contigo? —Dijo Albus maliciosamente. —Eso es casi tan sorprendente como que llegues a tiempo para una prueba de Quidditch.

—¡Ay! —Louis de repente gritó. —¿Qué demonios...?

James dio media vuelta. Louis tenía el ceño fruncido por algo en la mano. —Realmente necesitas limpiar tu equipaje un poco más a menudo, James. Tienes un montón de malas hierbas o algo que crece dentro de él.

—¡Dámelas! —James anunció, saltando sobre sus pies. —Esas son mías.

Louis saltó, ladeando la cabeza con desconfianza. —Dime qué son.

—El Yuxa Baslatma, —dijo Ralph asombrado, espionando el par de fresas espinosas en la mano de Louis. —Me olvidé por completo de esas. Pero... —se volvió a mirar a James. —Pero el profesor Avior te las quitó, ¿no?

James suspiró. —Él tomó las de Zane que encontró en mi túnica. Había unas cuantas más atrapadas en el dobladillo. Las descubrí antes de salir a vacaciones.

—Yuxa Baslatma, —repitió Rose. —¿Inductores de Sueño? Déjame ver. —Louis se encogió de hombros y arrojó las fresas espinosas en la mano de Rose. —Son unas cositas feas si me preguntan. ¿Qué hacen?

Rose miró las fresas con cuidado. —Bueno, si son lo que dice Ralph, seriamente son objetos mágicos, aunque realmente impredecibles y muy peligrosas. ¿Dónde dices que las obtuviste?

James y Ralph describieron su experiencia en la clase del Profesor Avior en Durmstrang, explicando cómo el Yuxa Baslatma se había adherido a la túnica de James, dejando una masa de fresas que habían sido posteriormente confiscadas por Avior.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—Pero no las cogió todas, —Rose asintió con conocimiento, —porque el Yuxa Baslatma te había elegido. ¿Qué planta era?

—¿Es eso importante? —Albus interrumpió. —Sólo es trabajo de la magia. Es una herramienta de adivinación, ¿verdad? Tal vez aquí nos dirá cómo James se reunirá con su desaparición definitiva. Será una muerte aburrida, apuesto.

Rose puso los ojos en blanco con impaciencia. —Estas no son como las tazas de té de Trelawney, idiota. Esta es magia poderosa. Difícilmente hay algunas verdaderas Yuxa Baslatma en el mundo. Suena como si Avior que tiene la mayor colección de ellas en el mundo. Si estas no se utilizan correctamente, pueden ser extremadamente peligrosas. Y es importante saber de qué planta vinieron éstas, ya que todas ellas hacen cosas ligeramente diferentes.

Ralph asintió, recordando. —Era algo acerca de la respuesta a su pregunta más importante.

James estuvo de acuerdo. —“La pregunta que más te aflige”. Esa fueron las palabras exactas, creo.

—Bueno, —Louis intervino, —Eso es fácil. Cuál de ustedes es totalmente el más tonto. Mi apuesta es por James.

Lily le dio a Louis un empujón, y luego se puso de pie, quitándose el pelo de la cara. —¿Qué la hace peligrosa, Rose?

Rose entregó las fresas de nuevo a James. —Es muy simple, de verdad. Son inductores del sueño. Ellos hacen su trabajo sólo cuando el sujeto está dormido. Dejas caer una en un poco de agua, la bebes y te vas a dormir. Diez o quince minutos más tarde, la magia sucede como un poderoso sueño, muy real. Pero si no estás dormido cuando entran en vigor, pueden ser... bueno, bastante perjudiciales.

Lily frunció el ceño. —¿Cómo que “bastante perjudiciales”?

—Te llevan completamente a la locura, —Ralph admitió. —El sueño lucha contra el mundo de la vigilia, sobrecargando la mente y más o menos destruyéndola.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—Entonces ve por ella, James. —Albus instó, dejándose caer en su asiento.  
—Traga esas cosas y toma una pequeña siesta. Esperaremos. Cuando despiertes, puedes decirnos la respuesta a nuestra pregunta más desconcertante.

—No es tan simple, —Rose insistió irritada. —Debemos saber cuál es la pregunta.

—Bueno, es obvio, ¿no? —Lily sugirió. —¿Cómo detenemos a esta persona el Coleccionista?

Albus negó con la cabeza. —Esa no es la pregunta más importante en absoluto. Es cómo encontrar a Petra Morganstern. Ella es la clave de todo el asunto, ¿no?

—Incluso si supiéramos dónde está Petra, —Rose se opuso, —no significa que cualquiera puede atraparla. Creo que la pregunta más inquietante es quién es Avior Dorchascathan. Probablemente por eso trató de confiscar los inductores de sueño de ti, James. Está tratando de proteger sus secretos (qué sabe acerca de la Red de Morrigan y cuál es su conexión con Albus Dumbledore).

—¿Y si la pregunta se supone que es acerca del Director Grudje? —Louis interrumpió. —¿Por qué es tan temible y feroz, dando poderes a Filch y cerrando el correo y todo lo demás?

Ralph habló. —Todos están olvidando lo más importante de todo. La gran pregunta es qué es la Red de Morrigan. ¿Qué es lo que hace y cómo la detenemos?

James negó con la cabeza lentamente. —Este es el problema, ¿no? Todas son preguntas muy serias. Todas ellas son importantes. ¿Cómo puedo saber cuál es realmente la que el inductor de sueño quiere responder?

—Tengo una idea de la novela, —Albus se encogió de hombros. —¿Por qué no solo lo pruebas y lo descubres?

Ralph asintió pensativo. —Vale la pena intentarlo. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Rose miró fijamente a las fresas en la mano de James. —Supongo que el mayor peligro real es justo el conciliar el sueño. Supongo que la respuesta va a explicar la pregunta, una vez que te despiertes. Quizás Albus está en lo correcto.



## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—No sé, —de repente dijo James, vacilante. Las fresas picaban en su palma, haciéndole cosquillas ligeramente. —Tal vez uno de ustedes debe hacerlo en su lugar. Rose, pruébalo. Eres la más inteligente de todos nosotros.

—Ah, —Albus se burló.

—No puedo, —Rose contestó, poniendo sus puños en las caderas. —El Yuxa Baslatma te eligió. Sólo funcionará para ti. Para mí, o cualquiera de los demás, no sería más que un muy extraño y salvaje sueño, lleno de tonterías.

—Al igual que todos mis sueños, —Ralph asintió.

James tragó saliva. —De repente, no estoy tan cansado.

—Oh, podemos ayudarte totalmente con eso, —dijo Louis alegremente, poniéndose de pie. —Podemos hacerte una buena cama con todas nuestras capas y luego dispararles encantamientos de sueño. Rose sabe hacerlos de espaldas y hacia adelante, ¿cierto Rose?

Rose asintió. —Claro que sí. Son súper simples y será un placer. ¿Qué dices, James?

James miró a Rose, Albus, Louis y a Ralph. Todos ellos le devolvieron la mirada con esperanza. Por último, miró a un lado a Lily.

—No tienes que hacerlo, James, —dijo con preocupación. —No parece tan seguro. Tal vez no vale la pena.

Extrañamente, la advertencia de su hermana le ayudó a decidir a James. —Creo que no podemos darnos el lujo de no tratar, —dijo, haciendo acopio de su determinación. —Y supongo que más bien voy a tratar con toda su ayuda que por mí mismo en el dormitorio.

—¡Excelente! —Albus declaró, sacando su varita. —Esto es mejor que Winkles y Augers cualquier día. Todos tiren sus capas y demás aquí en el banco. Rose, prepara los encantamientos para dormir.

Unos minutos más tarde, James trepó torpemente sobre la pila de capas, que se extendieron hacia fuera de cuerpo entero en su espalda.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—No te ves como si estuvieras listo para una siesta, —Rose criticó. —Te ves más como un cadáver que extravió su ataúd.

—¡No estoy acostumbrado a dormir la siesta con un montón de gente reunida en torno a mí! —James se quejó con nerviosismo. —Todos ustedes simplemente métanse en el otro banco y dejen de comerme con los ojos.

—¿Entonces, cómo trabajan los encantamientos de sueño? —Preguntó Ralph, apretándose en un asiento al lado de Rose. —¿Ya te sientes cansado?

—Me siento menos cansado que en toda mi vida. —James se quejó. Sin embargo, esto no era del todo cierto. Incluso mientras yacía en el colchón de capas, con los puños cruzados sobre el pecho, podía sentir la magia sutil de los encantamientos filtrándose en su cuerpo, aflojando sus estrechos hombros y relajando su tensada mandíbula.

Lily era la única que seguía en pie. —Toma, James, —dijo ella, dándole una pequeña botella. —Es lo que queda de la soda de regaliz de Louis. Tendrá que servir.

James se sentó (con un poco de esfuerzo, teniendo en cuenta los efectos de los encantamientos de sueño) y aceptó la botella. Abrió su otro puño, revelando algo de puré del par de fresas. —¿Crees que yo debería hacer todo el asunto? —preguntó, volviéndose hacia Rose.

—Todo o nada, —Albus asintió. —Tómatela.

Rose se encogió de hombros. —El exceso puede ser peligroso. ¿Tal vez quieras guardar una para otra pregunta? Si aún funcionan de esa manera.

James respiró hondo. Por último, con la mano sobre la boca de la botella, puso las fresas para que rodaran en ella. Atrapadas allí, las pinchó con el dedo hasta que entraron. Sacudió la botella ligeramente, con nerviosismo, y luego la levantó a la luz de la ventana.

—Ya se han disuelto, —dijo.

Louis puso los ojos en blanco. —Son mágicas. Bébelas.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

A James no le gustaba recibir órdenes de Louis, pero no parecía haber ningún punto para aplazarlo más. Olió la botella, la cual olía a regaliz negro (con sólo un toque de algo salvaje y humedad) y a continuación, apretando los ojos bien cerrados y aguantando el aliento, inclinó la botella contra sus labios. Tragó hasta que la botella estuvo vacía.

—¿Cómo estuvo? —Preguntó Lily, un poco sin aliento.

James se encogió de hombros, ahogando un eructo y entregándole la botella. —Igual a la soda de regaliz. Nunca me ha gustado, pero no le encontré un sabor diferente. No habría sabido siquiera que los inductores de sueño estaban en ella.

—Entonces, haz la siesta, —Albus insistió, inclinándose hacia adelante en su asiento. —Sólo tienes diez minutos antes de que mágicamente arruine tu cerebro.

—Sin presiones, —Lily se quejó.

James se dejó caer de espaldas sobre la cama de capas. Sabía que, en algún nivel, estaba nervioso. Pero la sensación era distante, casi teórica. Sobre todo, lo que sentía era una sensación generalizada de comodidad extrema, como si cada músculo de su cuerpo, incluyendo el cerebro, felizmente se hubiera convertido en pudín. Los otros siguieron hablando mientras cerraba los ojos, pero sus voces eran repentinamente poco importantes y muy lejanas. La sutil vibración del traqueteo del tren se convirtió en una canción de cuna, que le escoltaba hacia abajo, abajo, descendiendo las capas de la conciencia, hasta que todo lo que quedaba era una niebla de expectación.

*La respuesta a mi pregunta más desconcertante, pensó débilmente, concentrándose en las palabras, tratando de aferrarse a ellas.*

El tren avanzó pesadamente por debajo de él, y de repente el viaje parecía mucho más largo de lo habitual. Ya no era un viaje de pocas horas y millas; era un viaje de años y leguas, a través de océanos, décadas, pasando en espiral bajo el sueño normal y en algo tan insondable como el espacio y el tiempo sin fin.

Y poco a poco, al otro lado de la gran división, James comenzó a despertarse.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN



—Por Fredericka, —La voz de una chica dijo débilmente. James miró a un lado. Una mujer joven, apenas mayor que el propio James, estaba cerca. En su mano extendida, humeando perezosamente, estaba una pequeña pistola.

—Por Fredericka, —repitió débilmente, —de su prometido, William. Y de mí, su hermana, Helen.

James siguió el objetivo de la pistola y vio a un hombre tendido boca abajo, obviamente muerto. No había nada más que ver... sólo a la chica (Helen) y al hombre muerto (¡Magnussen!), rodeados de infinito vacío negro. Pero luego, poco a poco, comenzaron formas a revolverse fuera de la oscuridad. James miró a su alrededor cuando los edificios emergieron de la vacía niebla del rededor. Adoquines mojados extendiéndose lejos del cuerpo de Magnussen. Barriles y cajas brillaban a la vista, abarrotados en un estrecho y húmedo callejón.

*He estado aquí antes*, James dijo, pero su voz estaba en silencio, más que un pensamiento en el vacío. Miró hacia abajo y vio que no tenía ninguna forma o cualquier forma. Era como si fuera un fantasma, invisible y sin importancia, un mero observador en un mundo que no era el suyo. Un choque de pánico se apoderó de él y se volvió en el acto, en busca de un poco de ayuda o incluso una cara amable.

La primera cara que vio, sin embargo, fue la suya. Tenía las mejillas pálidas en la oscuridad, iluminada sólo por una lámpara de gas cerca de la boca del callejón. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa. Su varita estaba bajando en su mano.

—Sentimos lo sucedido a Fredericka, —una voz (la de Ralph) dijo solemnemente. —Este hombre puede ser parte de nuestro mundo... pero nosotros no somos como él.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

James de repente lo vio todo. Esta fue la noche en que él, Ralph y Zane habían ido en busca de la llave dimensional, una herradura de plata mágica en poder del poderoso y sádico profesor de Alma Aleron, Ignatius Magnussen. Después de haber seguido al profesor a mediados de la Filadelfia del siglo XIX, habían sido testigos de la verdad más impactante de su fallecimiento (que en lugar de escapar al Mundo Entre los Mundos con la ayuda de su llave dimensional), Magnussen había sido reducido por solo una bala Muggle, disparada por una mujer joven, la hermana de una de las víctimas de Magnussen.

Pero ¿por qué ahora estaba James aquí, viendo suceder esto de nuevo? ¿Tenía la intención de detenerlo de alguna manera? ¿O era la intención de ver algo que él se había perdido la primera vez?

James vio cuando Helen se encontró con un hombre joven Muggle (¿William?) cerca del cadáver de Magnussen. El hombre estaba levemente lesionado; casi había sido asesinado por Magnussen y su cruel bastón mágico antes de que Helen apareciera en la entrada del callejón, con la pistola en la mano y la venganza en su corazón. El hombre se arrodilló, levantó el bastón que estaba enganchado en la mano del hombre muerto, y luego, con una mueca de determinación, rompió el bastón sobre su rodilla.

James supo lo que pasó después (ya lo había vivido una vez). William (el que una vez fue el prometido de la Fredericka asesinada) tomó la bolsa de terciopelo que contenía la llave dimensional de la otra mano de Magnussen. Se la entregó a James, Ralph y Zane, quienes rápidamente hicieron su salida, chapoteando los charcos mientras corrían de nuevo a Alma Aleron y a la legendaria esclusa de tiempo.

Pero en el sueño James no los siguió. Sorprendentemente, se quedó con Helen y William, cuando comenzaron a caminar en la dirección opuesta, mucho más lentamente, dejando el cuerpo de Magnussen escondido bajo una pila de basura. Y poco a poco, casi imperceptiblemente, los alrededores comenzaron a desaparecer de nuevo, retrocediendo en la oscuridad como los actores que se deslizan detrás de una cortina, hasta que todo lo que quedó fue Helen y William, caminando lentamente, acurrucados juntos y en un extraño silencio.

Y de alguna manera James sabía que había algo secretamente importante sobre ellos. Eran ahora la historia principal, no él, ni Ralph, ni Zane. Vio cómo el hombre joven y la mujer, iban desapareciendo en la distancia.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

En el bolsillo del delantal de Helen, todavía caliente y con olor a pólvora quemada, estaba el pequeño revólver de seis tiros. En la mano de William, agarrado débilmente, iba la cabeza rota del bastón de Magnussen, con sus ojos oscuros y disminuidos, pero no muertos. Nunca muertos.

Un viento frío azotó sobre James, quitando la visión de William, Helen, el revólver y el bastón. James sintió su historia sucediendo fuera del alcance de ese viento, como si el viento fuera el tiempo mismo, quitando días y semanas, meses y años. Helen y William, extraño pero no del todo sorprendente, se enamoraron. Se casaron, y, finalmente, se trasladaron lejos de la mugrienta madriguera del muelle del distrito de Filadelfia y comenzaron una nueva vida en el campo de Pennsylvania. Había una destartalada (pero muy bien cuidada) granja, rodeada de campos cuidadosamente plantados, cercos, carreteras estrechas y un burbujeante y fresco manantial.

Y había niños. Eran felices en la casa, o por lo menos tan felices como los hermanos pueden ser, con sus rivalidades constantes, dramas y pequeñas disputas. Había tres hijas y un hijo, el más joven de todos. El nombre del hijo era Phillip, y James lo vio crecer a través de los años, llegando a ser un buen joven, delgado y alto, con una aguda, ingeniosa e inquisitiva mente.

Cuando Philip tenía veinticinco años, su madre, Helen, murió. La enfermedad había caído sobre ella con rapidez, en forma de un resfriado feroz que había florecido en neumonía. Las hermanas de Philip lamentaron lo repentino que se movió el destino, tomando a su madre en cuestión de días, pero Philip estaba secretamente agradecido. Él tenía la edad suficiente para haber visto cómo las enfermedades persistentes a veces pueden disminuir a sus víctimas, descargando poco a poco la alegría, la dignidad y el propósito. Incluso en su dolor, se alegró por su vibrante y alegre madre; contento de que ella había dejado el mundo con rapidez, como una joven novia fugándose con el destino, en lugar de ser arrastrada por él, lentamente y de mala gana.

James rondaba afuera de la vieja casa de campo cuando el funeral se llevó a cabo. Sintió el dolor y la tristeza interior, la celebración de una vida bien vivida. El débil sonido de canto de himnos se filtró en el aire de la tarde, dirigido por el marido desconsolado, William, con su voz de tenor no precisamente musical, pero fuerte y clara.

Y luego, en algún momento más tarde, cuando el sol descendió hacia los árboles que bordeaban el campo, convirtiendo el cielo en un caldero de cobre y

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

rosa, Philip salió de la casa. Se movía en silencio, de forma rápida, casi (James reconoció esto de sus propias aventuras) furtivamente, corriendo a lo largo de un camino entre los campos, mirando hacia atrás una o dos veces para asegurarse que no era seguido.

James se acercó a él, lo siguió en silencio, ya que el joven se volvió hacia el este, en dirección a una hebra fina de árboles y a un barranco rocoso que bordeaba la misma.

Algo estaba enterrado allí. James lo sintió pulsando en la tierra, sintió el tirón de su magia oscura y la voluntad que no habían disminuido. Philip era un Muggle, y sin embargo también parecía consciente de la fuerza enterrada. Por supuesto que sí, porque había estado allí el día en que su madre lo había enterrado, muchos años antes. Entonces sólo había sido un niño, y cuando su madre había terminado su tarea y regresado a la casa, él se había precipitado al barranco, curioso por ver lo que ella había escondido allí bajo las rocas. Porque Philip comprendió algo que nadie más lo hizo: su madre (la mujer que zurcía los agujeros en los calcetines y rociaba el azúcar moreno en su avena, que tarareaba alegremente por sí misma más allá de la puerta cerrada, arriba de su habitación cada mañana y quien lo arropaba todas las noches con un beso en la frente y en ambas mejillas) su sencilla y linda madre, todos los días... *fue mágica.*

James entendió. Helen no había sido bruja, pero tampoco había sido puramente Muggle. Al igual que la hermana de Petra, Izzy, Helen había ocupado un extraño término medio entre las polaridades de poder, instintivamente siguiendo algún profundo instinto mágico, pero no consciente de ello lo suficiente como para abrazarlo. Eso es lo que ella había sabido al venir al callejón en esa fatídica noche en 1859, con la pistola escondida en el delantal, llegando en el mismo momento para salvar la vida de su futuro esposo. Su magia secreta la había obligado. Ella misma no lo entendía, pero tampoco lo cuestionaba.

Fueron sus sutiles hechizos los que habían hecho florecer los campos, los que conjuraron la primavera para el riego de la finca en medio de la sequía, los que permitieron que sus cataplasmas y caldos mantuvieran a su familia casi sobrenaturalmente sana y fuerte durante décadas.

Y fue su magia tácita la que le advirtió de enterrar la caja de lata con sus tesoros secretos y oscuros en el barranco, debajo de las piedras, las arañas y las ásperas malezas amarillas. Dentro de la casa, incluso escondida en el ático, la gravedad de esos tesoros era demasiado fuerte. Helen la había sentido en su cama

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

cada noche, escuchando la insistente y silenciosa llamada. Le preocupaba que con el tiempo sus hijos la escucharan y respondieran a ella.

Así que ella enterró sus oscuros tesoros. Por desgracia, la misma magia que la obligó es la que atrajo a su pequeño hijo a seguirla, a mirar y llegar a ser curioso.

Y ahora, casi veinte años más tarde, en la noche del funeral de Helen, Philip regresó al barranco. Él no sabía por qué se movía en secreto y tan nervioso. Sólo sabía que el tirón de su curiosidad (y alguna otra fuerza, menos definible) era demasiado fuerte como para negarla.

James instintivamente trató de llamar al joven, para advertirle de nuevo. Pero por supuesto que no tenía voz aquí. Él no era más que un observador, no más capaz de alterar estos acontecimientos de lo que podía contener el curso de la tierra alrededor del sol.

Philip movió la piedra y sacó una navaja del bolsillo de su abrigo. Con ella, se puso a cavar, echando a un lado la tierra desmoronada y carcomida, hasta que el cuchillo arañó el metal. Un minuto después, sacó de la tierra una caja de lata oxidada y la puso, casi con reverencia, en las rocas. Se estremeció mientras la miraba, temiendo a la caja, pero al parecer no podía negar su atracción.

Había visto antes su contenido una vez, aunque esa vez los había dejado enterrados. Su madre sabía que era lo mejor después de todo, y si ella los había enterrado, había sido por una buena razón. Ahora, sin embargo, Philip era un hombre adulto, y su madre (con lágrimas que pinchaba las esquinas de sus ojos al pensar esto) estaba a punto de ser enterrada. Tal vez la magia se rompió ahora.

Esto no era cierto, por supuesto. Pero la racionalización trabajó. Con las uñas cubiertas de barro apelmazado, Philip abrió la tapa de la caja de lata. Esta hizo un chillido al revelar su contenido. Tanto James como Philip miraron dentro.

Acunados en la oxidada caja estaban dos objetos. James los reconoció inmediatamente. Uno de ellos era la pistola que había matado al mago, Ignatius Magnussen. El otro era la cabeza de su malvado bastón mágico, con la cara lasciva de su gárgola sin parpadear, empañada en negro pero brillando en la puesta del moribundo sol.

Philip los tomó, y con ese único movimiento rápido, la oscuridad cayó sobre James de nuevo, envolviéndolo por completo.





## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

El tiempo pasó de nuevo. Las décadas se desenredaron cuando Philip envejeció. Él contrajo matrimonio, tuvo su propio hijo y se convirtió en un hombre viejo. James lo vio de nuevo en un breve y fugaz momento, tendido en su lecho de muerte, con su hijo adulto de pie a su lado. La lata estaba abierta entre ellos, revelando la pistola y la cabeza de la gárgola de hierro. Philip los había guardado, atesorándolos a pesar de su oscura aura de misterio, o tal vez incluso a causa de ella.

—Estos pertenecieron a mi madre, —dijo, con la voz débil y ronca. —Y ahora son tuyos.

Pero James pudo ver que el hijo fue repelido por los extraños y enigmáticos objetos de la vieja lata. Los tomó, pero no los reverenció. Muy pronto, la lata se guardó en el ático de una pulcra casa de ladrillo en Filadelfia, casi olvidada, acumulando polvo a través del ciclo de décadas.

Hasta que la mano de una mujer chocó contra la lata, golpeándola a un lado con estrépito. James vio cuando la oscuridad retrocedió de nuevo, revelando las profundidades del ático, mucho más desordenado y alterado por el tiempo, iluminado por el brillo tenue de la nieve que caía afuera en una única ventana con tejado. La mujer era delgada, bonita, con un toque de la difunta Helen en sus rasgos. Y sin embargo, ella estaba triste, de alguna manera. En parte era por la tarea a la que se dedicaba: vaciar la casa tras la muerte de su abuelo más viejo. Pero eso no era todo. Esta mujer (*su nombre es Winnifred*, la mente soñadora de James suministró con extraña certeza, *pero todo el mundo la llama Whinnie*) estaba viviendo una vida de desgracia y angustia. Su hijo de cinco años, que incluso ahora jugaba en la alfombra de la sala dos pisos más abajo, era débil con alguna enfermedad complicada, requiriendo médicos y medicamentos que no podía permitirse. El marido de Whinnie no ayudaba, se había ido casi un año antes, aparentemente en busca de empleo en el este, donde se había criado. Whinnie no había oído nada de él desde entonces, y dudaba que alguna vez lo hiciera de nuevo. Él no estaba herido, o perdido. Simplemente había desaparecido.

Whinnie lanzó la caja de lata abierta con impaciencia, y luego se detuvo. Desconcertada, se fijó por primera vez en la pistola, y luego en la cabeza de la gárgola a la luz invernal. Una mirada reflexiva pasó sobre su cara, pero era muy diferente a la que había aparecido en el rostro de su bisabuelo, Philip, casi un siglo antes. Era el año 1978, y la vida de Whinnie no la había preparado para una sensibilidad a la magia. Esta, sin embargo, la hizo muy sensible a la posibilidad de

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

dinero rápido. Ella lo necesitaba desesperadamente, después de todo. Era sólo una posibilidad, reflexionó un poco desesperada, que la escultura de hierro en forma de gárgola y la antigua pistola, podrían valer algo. Whinnie embolsó los objetos, haciendo voto (aunque con culpa) de no decirle a su hermano acerca de ellos. Él no estaba desesperado como ella. Y tal vez si hubiera estado más dispuesto a ayudarla (todo el mundo sabía que podía, si hubiera querido) no habría tenido que recurrir a este tipo de medios mezquinos.

Era una justificación débil y Whinnie lo sabía. En el fondo, se odiaba por ello. Pero la auto-recriminación no era suficiente para cambiar de opinión. Bajó las escaleras del ático, llamando a su hijo para que se pusiera el abrigo y los zapatos.

Otra ráfaga de viento llevó a James con ella, pero ésta era diferente. Cubría un simple espacio, más no de tiempo, y James sabía que lo que ahora observaba sólo era un poco más tarde, por la ciudad, en las afueras de una tienda estrecha en una esquina ventosa. Helados copos de nieve recorrían las ventanas de la tienda, desdibujando la extraña colección en exhibición: instrumentos musicales y pequeños accesorios Muggles, pilas de libros baratos con sus bordes de página teñidas de color amarillo o rojo, lámparas antiguas y esculturas de vidrio baratas. Sobre la puerta delantera colgaban tres bolas de metal empañado, balanceándose debajo de un letrero pintado con descoloridas letras rojas:

### CASA DE EMPEÑO – SE COMPRA – SE VENDE – SE CAMBIA

El coche de Whinnie, una gran y extraña máquina, de mal aspecto, con los parachoques oxidados y la palabra *Toronado* estampada en la esquina del maletero, se hallaba en ralentí a una cuadra de allí. El hijo de Whinnie, James sabía, no estaba dentro, ni mucho menos con su madre, en el interior de la casa de empeño. El niño había sido dejado al cuidado de su tío, el hermano de Whinnie. Ninguno de ellos había estado particularmente contento con el arreglo, pero (como Whinnie prometió) sólo sería por un corto tiempo.

Cuando James miró el penacho que soplaba el escape de aire helado desde el coche en ralentí, en ese momento, en la entrada principal a una cuadra de distancia, tuvo una terrible sospecha de que a Whinnie le iría bastante mal con eso.

Una campana tintineó débilmente cuando se abrió la puerta de la tienda de empeño. Whinnie salió, y el fuerte sonido de sus tacones le dijo a James todo lo que necesitaba saber. Ella solo había vendido uno de los objetos misteriosos, y no había conseguido el suficiente dinero como había esperado. Echando humo y

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

preocupada, caminó hacia su auto en espera y James, casi contra su voluntad, se movió para seguirla.

Una pareja estaba caminando delante de ellos en la acera. James vio que eran un hombre y una mujer, ambos vistiendo de negro, pero no eran marido y mujer. ¿Hermana y hermano? Pensó que sí.

Whinnie siguió adelante, con el viento frío tornando sus mejillas de color rojo brillante, y cuando se acercó a la pareja, ladeando para pasarlos, la pareja se detuvo.

Un escalofrío de miedo recorrió la espalda de James, pues vio de inmediato que la pareja era mágica. Brujas y magos americanos vestidos ahora como sus homólogos Muggles, pero para la claridad de su mente soñadora era innegable. El hombre y la mujer miraron simultáneamente a Whinnie con atención. Por supuesto que sí, porque sintieron el poder oculto de lo que ella llevaba, incluso si ellos no sabían lo que era.

—Discúlpeme, —la mujer dijo de pronto, sin sonreír. —¿Podríamos hablar un momento?

Whinnie hizo una pausa por un momento. —Hace frío y no estoy de humor, —murmuró al pasar, sin hacer caso.

—Me temo que debemos insistir, —dijo el hombre, y su brazo se deslizó hacia fuera, agarrando el codo de Whinnie en un férreo control.

Whinnie fue lanzada bruscamente hacia atrás como un perro con una correa, sus pies se deslizaron en la helada acera haciendo que casi se cayera (habría caído, de hecho, si no fuera por el pétreo puño del hombre). Inmediatamente, James miró a la calle en busca de ayuda, pero la acera (de hecho, toda la avenida) estaba vacía, solamente llena con coches aparcados, viento gimiendo y con el sonido agudo de la nieve.

—¿Qué estás...?! —Whinnie exclamó con enojo, corrigiéndose a sí misma y tratando de hacer palanca para liberar su brazo del agarre del hombre. —¡Déjame ir, lunático!

Based upon the characters and worlds of J. K. Rowling  
OVER LICENSED BY COMIC OF LEAGUE ENTERTAINMENT

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

En cambio, el hombre la empujó hacia adelante, a la entrada hueca de una librería cerrada. Su hermana los siguió, con sus ojos destellando con brillante interés.

—¡Eres una Muggle! —ella dijo, sonriendo con fuerza. —¿No? ¡Ni siquiera eres una bruja!

—Una bru... —Whinnie tartamudeó, con miedo empezando a sustituir su ira. —¿Están locos? ¡Fuera de mi vista! ¡Llamaré a la policía!

—¡La policía! —El hombre se burló. —Siente la libertad. Ninguno está ni a cinco cuadras de aquí. E incluso si estuvieran justo al lado de nosotros, no habrían oído nada a menos que lo deseemos. Ahora danos tu talismán.

Whinnie le parpadeó consternada. Sus palabras no tenían sentido. En cambio, ella renovó su lucha contra el agarre del hombre.

Al otro lado de la calle, un hombre desaliñado miró por un callejón. James lo vio, lucía sus ojos legañosos, enrojecidos y con una barba descuidada. Él era un vago, acurrucado patéticamente por el frío, pero curioso por las voces en aumento.

—Por tu propio bien, —la hermana declaró impaciente, —deja de luchar y responde a nuestra pregunta. No tienes derecho a lo que sea que estás llevando. ¿Creíste que no lo sentíamos? Es inútil para ti de todos modos. ¿Qué podrías tú, una Muggle, esperar hacer con eso? Entrégalo y seguiremos nuestro camino.

—¡No tengo idea de lo que están hablando! —Gritó furiosamente Whinnie, finalmente torciendo con fuerza el brazo liberado y tropezando hacia atrás entre las oscuras ventanas del mostrador de la librería y hacia la puerta cerrada de seguridad. Esta crujió mientras ella caía en ella. —¡Ambos están completamente locos! ¡Fuera de mi camino que tengo que ir a casa por mi hijo!

—Tu hijo va a crecer sin una madre a menos que nos des lo que tienes, Muggle, —respondió el hombre con perversa confianza. Su mano se sumergió en su abrigo y sacó una larga y negra varita. Su hermana levantó la suya, tocándola con deleite. Whinnie los miró fijamente, con sus varitas extendidas y negó con la cabeza en confusión.

—Miren, obviamente me han confundido con otra persona. No sé lo que quieren. No tengo casi nada conmigo. Aquí. —Ella buscó en su bolso, sacando una

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

pequeña y delgada cartera. —Aquí están los veinte dólares que recibí de esa estúpida y pequeña escultura. Eso es todo lo que tengo, pero pueden tomarlo. Tómenlo y déjenme ir. —Ella tiró la cartera hacia ellos, pero el hermano y la hermana, simplemente la dejaron caer al suelo de baldosas agrietadas de la alcoba.

—¿Crees que te protegerá? ¿No? —Dijo la hermana sospechosamente. —¿Es eso? Seguramente no puedes ser tan estúpida. Ni siquiera sabes cómo usarla. Nosotros sí. Podemos oler su poder, lo que sea que es. No nos importa cómo la encontraste, o de dónde vino. Sólo tienes que dárnosla. Dánsela y te puedes ir. Si te rehúsan... —se encogió con un hombro e hizo un gesto con su varita. —Si te rehúsan, morirás, y vamos a tenerla de todos modos.

—¡No sé lo que quieren decir! —Whinnie gritó, presionando de nuevo en la puerta de seguridad, haciéndola crujir nuevamente. Ella no sabía lo que eran las varitas, pero de alguna manera (James le dio crédito por esto) sintió que eran peligrosas.

—Es muy potente, —el hermano resopló, dando un paso hacia delante, con sus fosas nasales dilatadas.

Su hermana asintió. —Pero ¿qué es? Debemos tenerla.

Sus sombras se deslizaron sobre Whinnie a medida que avanzaban hacia ella, con sus varitas apuntando a su corazón. Whinnie retrocedió, encogiéndose, y luego, de repente y sin remedio, ella chocó su mano nuevamente en su bolso. Cogió algo, lo sacó y arrojó lejos el bolso.

—¡Déjenme! —Gritó, levantando su puño tembloroso. En él, sacudiéndose violentamente, estaba la pistola antigua, con su cañón brillando oscuramente en la pálida luz.

Al otro lado de la calle, el vagabundo que observaba jadeó y se agachó detrás de un bote de basura. Los sentidos afilados y soñadores de James lo vieron todo.

La hermana y el hermano se quedaron mirando el arma en la mano de Whinnie. Entonces, felizmente, la hermana se echó a reír. —Los Muggles y sus armas, —Ella negó con la cabeza. —Mi querida, esa vieja pistola de juguete no puede hacernos daño. Estás perdiendo el tiempo, y nuestra paciencia se está agotando. Danos tu talismán. Hazlo ahora, o vamos a tomar tu cadáver.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

Whinnie bloqueó con el codo, sujetando la pistola en toda su longitud. Ella nunca había tenido un arma antes, no estaba muy segura de que podía apretar el gatillo, aunque sabía que iba a disparar, no lo hizo. Apuntó alternativamente a la mujer y al hombre.

La hermana se lanzó. James lo vio, vio la repentina y casi bestial agilidad de ella, y una vez más trató de gritar una advertencia. Esta vez, sin embargo, su voz no se habría escuchado incluso si hubiera tenido una, pero un fuerte y determinante *BANG* golpeó el aire momentáneamente, ahogando cualquier otro sonido. Una fracción de segundo más tarde, se hizo el silencio, dejando sólo el gemido sin sentido del viento y la arena huyendo del soplo de la nieve.

La hermana dio un paso hacia atrás, desde el bajo toldo de la librería. Bajó su varita y se miró a sí misma en la luz del día invernal. Gotas de sangre discurrían por el helado pavimento entre sus pies. Un momento después, ella cayó de rodillas, miró en estado de shock y se desplomó hacia adelante sobre su cara.

—Tú... —el hermano resopló, con los ojos muy abiertos y sorprendidos mientras miraba por encima del hombro, con su varita aún en alto en su propio puño. —La mataste. —Su voz estaba llena de asombro. Se repitió a sí mismo, como si apenas pudiera dar crédito a sus propias palabras. —¡Tú la *mataste!*

—¡Yo no quise hacerlo! —Winnie declaró, bajando la pistola humeante. Ella la miró en su mano con horror, como si fuera un pequeño monstruo vicioso. —¡Ella me lo hizo! Ella iba a...

—¡TÚ LA MATASTE! —El hermano gritó tan energicamente, que su voz se quebró y sus ojos se hincharon. Extendió su varita, apuntó a la cara de Whinnie, y dijo la temida frase a la vista de James. —*Avada Kedav...*

Una figura rodó hacia el hermano en el momento exacto en que un rayo de luz verde saltaba de su varita. El vagabundo, después de una lucha interna y feroz, se había lanzado a través de la calle, tropezando con la bruja muerta y abordando al hermano en el preciso momento en que echó la maldición asesina. Como resultado, la maldición explotó en todas las direcciones, rebotando en los escaparates cerrados, y lanzando tanto al hermano y al vagabundo a la calle. Ellos patinaron, dejando un largo y negro arañazo en la nieve. Una bocina tocó repentinamente, acompañada por la vibración pesada de neumáticos frenando. Un camión de la basura giró para detenerse, apenas evitando a la pareja en la calle. El

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

conductor maldijo en voz alta detrás del parabrisas y jaló con fuerza su puerta para abrirla.

El hermano se puso de pie, agitando su varita salvajemente, pero el momento se perdió. Más personas estaban llegando ahora a la escena, saliendo de las tiendas y vehículos cercanos. El hermano lanzó una última mirada a su hermana muerta, y luego, con la cara grabada con rabia, desapareció, dejando sólo una grieta de aire colapsado y un remolino de humo frío.

—¿¡Qué demonios está pasando!?! —el conductor del camión de basura bramó, asomado a su puerta. —¿No habían ahí... dos de ustedes?

El vagabundo negó con la cabeza lentamente. —No tengo idea de lo que estás hablando, —dijo enfáticamente. —No estoy loco. Tú les dices. ¿Entiendes? No estoy loco. Y tú tampoco.

El conductor del camión de basura se quedó mirando al vagabundo, y luego a la mujer muerta en un charco de sangre de color rojo oscuro. Después de un momento, asintió con la cabeza. —Voy a llamar a la policía por la radio.

En la sombra de la profunda alcoba de la librería, Whinnie yacía muerta, extrañamente sin marca, víctima de la maldición asesina. La pistola todavía estaba apretada en su mano.

La oscuridad descendió de nuevo, y esta vez James le dio la bienvenida. Tenía la sensación de que el sueño había terminado, que cualquiera que fuera la respuesta que el sueño estaba destinado a proporcionar, ahora dependía de él para adivinarlo.

Pero el sueño lo arrastró adelante una vez más, llevándolo en otra ráfaga de tiempo avanzado. En él, vio fragmentos inconexos de la historia, como titulares en tiras publicados por *El Profeta...*

La bruja muerta fue un misterio para la policía, en primer lugar, porque no llevaba ni una pizca de identificación y nunca nadie se acercó para recoger su cuerpo. En cambio, su cadáver estuvo en la morgue de Filadelfia por dos días antes de que fuera robado misteriosamente en la oscuridad de la noche, para no ser visto de nuevo. El segundo misterio fue aún más desconcertante. La mujer anónima había sido asesinada por una herida de bala en el pecho, al parecer disparada por la otra mujer muerta, Whinnie Holm. El problema era que el arma en la mano de la

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

señorita Holm era de más de cien años de edad, de un antiguo y pintoresco lugar, y estaba vacía de balas. Los hombres en el laboratorio forense de la policía, estaban muy seguros de que el arma no había sido disparada en muchas, muchas décadas.

El hijo de Whinnie fue a vivir con su último familiar restante, su tío, quien lo proporcionó bien económicamente, pero hizo muy poco para criarlo. La enigmática pistola estuvo una vez más guardada y alejada, olvidada en los baúles de las cosas de su madre muerta. Para simplificar, el niño finalmente adoptó el apellido de su tío e incluso lo llamó padre.

A pesar de que ni una sola vez lo dijo muy en serio.

Y por extraño que parezca, desde el momento en que la antigua pistola estuvo guardada en el sótano debajo de sus pies, el muchacho nunca volvió a sufrir los efectos negativos de su vieja enfermedad.

Estas imágenes se disolvieron en silencio cuando James flotó con el viento, llevándolo de nuevo hacia un futuro incierto que aun extrañamente, era de otra persona.

Fuera de la oscuridad, el viejo coche de Whinnie apareció a la vista con su motor más o menos ruidoso y con una nube de humo azul saliendo de su tubo de escape. La luz del sol brilló como dagas en el cromo oxidado y en el polvoriento parabrisas cuando el coche, lentamente y ladeándose hacia una acera, se apagaba laboriosamente y a regañadientes.

La puerta del conductor se abrió con un chirrido y un joven salió, parpadeando con afabilidad al brillo de una calle concurrida de la ciudad. James sintió que él todavía estaba en Filadelfia, aunque algunos años habían pasado. El hombre era alto, delgado, con el pelo rojizo colgando en cortinas lacias alrededor de una cara amable. Llevaba una camisa de franela sucia y suelta sobre los jeans, con agujeros rasgados en las rodillas. Y, sin embargo, observándolo, James tuvo la impresión de que el hombre no era pobre. Esto, inexplicablemente, era la moda de su tiempo. Esta sospecha se verificó cuando una mujer joven vestida de manera similar se aproximó, con un puñado de libros en sus brazos y el pelo enmarañado en rizos rígidos, sujetado por un viejo pañuelo.

—Esa cosa no es exactamente amistosa con la tierra, Quinn, —comentó la joven, mirando a la nube de humo azul disipándose. —¿Dónde está la moto hoy?



## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—Embalada en el asiento de atrás, junto con el resto de mis bienes terrenales, —el hombre, Quinn, respondió con facilidad, apoyado en el guardabarros del Toronado. —Estoy en mi camino al este, rumbo a la universidad.

—Me parece que te diriges a ninguna parte, —la chica olfateó. —Esa cosa huele a orina de gato asado y parece a punto de desmoronarse.

El hombre le dio una palmadita al capó del coche con cariño. —Ella va a estar bien. Sólo necesita un poco de aceite y TLC. Además, no puedo dejarla en Filadelfia. Acababa de ser arrojada al basurero más cercano, y no puedo permitir que eso suceda. Ella pertenecía a mi madre, después de todo.

James entendió. Este era el hijo de Whinnie, ya crecido. Todo el mundo le llamaba Quinn (el apellido de su padrastro) pero al joven secretamente no le gustaba. Pretendía alejarse, a Nueva York, donde su verdadero padre había ido tantos años antes. No era que tuviera la intención de encontrar a su padre de nacimiento (Quinn nunca lo había conocido ni oído nada de él, y tenía muy poco interés en cambiar ese hecho). Se trataba simplemente de que, siempre y cuando se quedara en Filadelfia, siempre seguiría como Quinn, el hijo del conocido abogado de lesiones personales, cuyo rostro aparecía en carteles por toda la ciudad, junto con el lema igualmente bien conocido: ¡CUANDO SE TRATA DE TU RECLAMACIÓN, QUINN GANA!

Pero incluso había algo más que eso. Filadelfia era donde su madre había muerto, hace más de una década. Quinn apenas la recordaba con una triste y hermosa cara amable y con manos amorosas. Había acumulado todo lo que había pertenecido a ella, incluyendo el viejo y negro Toronado, pero ya no podía soportar estar en la ciudad que había sido testigo de su muerte. Sobre todo porque el hombre que la había matado, todavía podría estar viviendo allí, sin ser detectado, caminando libre, incluso hasta nuestros días.

Porque Quinn sabía más sobre la muerte de su madre que ningún otro. Él era bueno en entender las cosas, y había tenido un interés mucho mayor en el misterio que los detectives de la policía.

Sólo unos pocos veranos antes, Quinn había buscado el único testigo de la muerte de su madre, un abandonado que rondaba por el distrito del muelle y de vez en cuando se presentaba en los diversos refugios dispersados entre los almacenes y tiendas de licores. Fue en uno de los comedores populares que Quinn finalmente lo había encontrado y entrevistado. En un primer momento, el anciano

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

había estado tercamente reacio a hablar, insistiendo rotundamente en que él había dicho todo lo que había que contar. Cuando se dio cuenta de que Quinn era el hijo de la mujer muerta, sin embargo, poco a poco se relajó. Admitió a Quinn que había estado otra persona presente... un hombre. El hombre había sido el asesino real, de hecho, usando un arma diferente a cualquier cosa que el vagabundo hubiera visto nunca, y que ni siquiera podía describir.

—Y luego, —el vagabundo susurró con complicidad, entrando en detalle, con los ojos llorosos, brillantes e intensos. —Y entonces, cuando todo había terminado, el tipo solo se paró y... y...

—¿Qué? —Preguntó Quinn de 16 años de edad, tratando de no agarrar al vagabundo por el cuello y estrangularlo en su impaciencia. —¿Qué hizo? ¡Dime!

El vagabundo miró con evasivas en torno al refugio casi desierto, con la boca cerrada. Cuando volvió a mirar a Quinn nuevamente, en su rostro se dibujaba una especie de desafío obstinado. —Te diré lo que "hizo", —dijo en un susurro rasgado. —Pero no me creerás. El tipo se paró y desapareció. Eso es lo que hizo.

Quinn se limitó a mirar a la cara roja sin afeitar del vagabundo, con la nariz similar a una ciruela, y su estómago se hundió lentamente. El vagabundo estaba loco. Obviamente nada de lo que dijo podría ser tomado en serio. Todos los esfuerzos de Quinn para encontrarlo y entrevistarlo, habían sido una pérdida de tiempo, una broma total. La decepción dio paso a la rabia y Quinn casi golpeó al vagabundo, pero su puño se cerró sobre la mesa agrietada. Para detenerse, se paró bruscamente de su asiento y comenzó a dirigirse a la puerta principal del albergue.

—¡Él desapareció! —El vagabundo gritó detrás de él, abandonando el secreto, de repente y frenéticamente para hacer que Quinn le creyera. —¡Yo no le dije a nadie porque pensarían que estaba loco, así como usted lo ve! ¡Pero es la verdad! Desapareció así de la nada. ¡Al igual que un buen truco de magia!

Quinn cerró de golpe la puerta del albergue, dejando al vagabundo delirando detrás de él, gritándole después. El viejo estaba loco... totalmente desquiciado. Quinn se reprendió a sí mismo por perder su tiempo, por creer que había respuestas para ser encontradas.

Y, sin embargo, incluso mientras rugía sin rumbo por el calor, la calle estaba llena y se asombró.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

¿Era posible que el vagabundo estuviera diciendo la verdad? Tal vez no fue engañado, o al menos no *totalmente*. Tal vez *había* estado otra persona allí esa noche, un hombre, con algún tipo de arma inexplicable, algo que podía matar sin dejar ninguna marca. Si es así...

Si es así, entonces el asesino de la madre de Quinn todavía estaba por ahí en algún lugar, posiblemente todavía en Filadelfia, sin ser detectado y libre, viviendo sus últimos días, mientras que su madre yacía en una tumba barata en las afueras de la ciudad, muerta todos estos años... muerta por su detestable mano.

La idea era una semilla venenosa en el cerebro de Quinn, echando raíces de sospecha, floreciendo con flores de odio. Por esta razón, más que cualquier otra, había decidido que iba a dejar Filadelfia de una vez por todas, y nunca mirar hacia atrás.

—Te echaré de menos, Quinn, —dijo con un suspiro la joven con rizos estilo rastafari. —Asegúrate de regresar y visitar a la vieja pandilla algunas veces.

—Lo haré, —Quinn sonrió, pero la sonrisa fue débil. Tanto James como la joven lo notaron. Ella asintió con la cabeza, le dio un medio abrazo a Quinn, y luego siguió caminando sin mirar atrás. Quinn la vio marcharse, emitió un pequeño suspiro, y luego comenzó a caminar por sí mismo, en la dirección opuesta.

En silencio, James lo siguió.

Quinn entró por un estrecho callejón, emergiendo en una calle mucho más estrecha. No había tráfico ahí, pero el ruido de los camiones y autobuses se oía cerca, zumbando sobre los tejados. Quinn miró a la izquierda y a la derecha, frunció el ceño, y luego se desvió a la derecha, siguiendo una línea de ladrillos, escaparates de vidrio y toldos raídos. Finalmente se detuvo frente a una especie de mercado y se asomó a la polvorienta ventana, ahuecando las manos a la cara para reducir el resplandor. En una hilera de cajones debajo de la ventana, apareció un extraño inventario de escobillas, zapatos atléticos, sombrillas y latas de algo llamado Vegemite, apilados en una pirámide irregular.

Quinn se encogió de hombros y se empujó a sí mismo a través de la puerta, haciendo sonar una campana colgada encima.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—¿Hola? —Llamó, explorando la atestada tienda desde el mostrador. Rayos de sol cortaban la penumbra con brillantes motas de polvo oscureciendo las esquinas sombrías. —¿Hay alguien en casa?

—Buenos días, —una voz respondió débilmente. —Aún no está abierto, en realidad. No es que importe. Los clientes de Payin son siempre bienvenidos.

Quinn se volvió hacia la voz y vio a un anciano detrás de un mostrador, aliviándose a sí mismo desde un sillón antiguo con un gemido. El área detrás del mostrador estaba abarrotada de un enorme escritorio, varios archivadores de madera, un perchero precariamente sobrecargado, una hornilla con una cafetera y lo que parecía ser varias décadas de periódicos de valor, platos sucios y un variado inventario. Un ventilador eléctrico se situaba encima de uno de los archivadores, agitando los periódicos y jugando con un mechón en el pelo blanco del anciano.

—Hola, —dijo Quinn, mostrando una sonrisa en su rostro. —Lo siento. Yo en realidad estaba... —miró alrededor de la tienda de nuevo, tomando como referencia el increíble surtido de la mercancía completamente dispersa. —En realidad buscando un poco de aceite de motor. Para mi coche. Yo... —su sonrisa tímida volvió. —Dudo que sea el tipo de cosa que se vende aquí.

—Oh, no lo sé, —respondió el anciano, rascándose la espalda encorvada y ajustando sus gafas. —Tengo un poco de todo. Lo que pueda tener en mis manos. Es para su coche, ¿dice usted? —Se inclinó, produciendo una serie de crujidos desde su columna vertebral y comenzó a hurgar detrás del mostrador.

—Sí, —Quinn suspiró. —Es una clase vieja. Quema aceite como un loco, pero me lleva allí en una pieza muchas veces, mientras la trate bien.

—Deben hacerlo, —la voz del hombre jadeó desde el fondo de la barra. —Veamos. Aceite... Aceite... —volvió a aparecer, inclinó la cabeza hacia atrás y sujetó una pequeña lata con el brazo extendido, leyendo la etiqueta a través de sus lentes bifocales. —Aceite tres-en-uno. No es que vaya a hacerlo ahora, ¿verdad? —Sonrió y se rió con una voz agrietada.

—No, —Quinn aceptó, volviéndose impaciente. —Tal vez usted podría decirme dónde está la tienda de conveniencia más cercana. Puedo caminar. El coche necesita enfriarse de todos modos.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

El anciano asintió con conocimiento. —Tonterías. Estoy seguro de que tengo algo aquí. ¿Qué viscosidad necesita?

Quinn lamentó absolutamente entrar en la tienda. Puso los ojos en blanco mientras el anciano se alejaba, arrastrándose ruidosamente alrededor de su escritorio. —10 W-30. Realmente no importa. Es una vieja Toronado y no es exactamente exigente. Sólo tengo que darle de comer algo negro y resbaladizo cada pocas docenas de millas para mantenerla feliz.

El anciano se detuvo y miró por encima del hombro, frunciendo el ceño ligeramente. —Una Toronado, dices.

Quinn asintió con la cabeza y aguantó la larga y pensativa mirada del hombre. —¿Es importante?

—Podiera serlo, —el hombre asintió con la cabeza, volviéndose hacia el mostrador y cerrando un tabique de bisagras. Salió a los polvorientos rayos del sol, suspirando teatralmente. —Cosas delicadas, como esos coches viejos. La quema de gasolina realmente es sólo un síntoma. ¿Por qué no me la muestra? Tal vez podamos arreglarla para que no quemé mucho.

Quinn frunció el ceño ante el anciano encorvado, quien simplemente lo miró expectante.

—Qué, —el hombre se encogió de hombros y le dio otra risa sibilante. —¿Vas a rechazar una verdadera oferta de buena voluntad? ¿A qué vienes a esta ciudad? Mira, yo conduje una Toronado hace treinta años. Aprendí algunos trucos sobre ellas. Por lo menos, me va a sacar de la tienda por un cuarto de hora. Así que conduce, mi joven amigo.

Quinn estuvo a punto de decir que no, pero (James vio) había sido criado para respetar a sus mayores. Y además, tal vez el viejo sabía algunas cosas sobre los coches. Sería agradable no tener que detenerse cada cuarenta millas en medio de una nube aceitosa de humo azul. Con una sonrisa irónica y una sacudida de la cabeza, Quinn se volvió hacia la puerta principal.

Cinco minutos más tarde, Quinn se agachaba delante del Toronado y abría el capó. Este se abrió con un chirrido y lo sostuvo en alto para el anciano.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—Hmm, —el hombre murmuró para sí mismo, jugando con unos cables y enchufes. Se inclinó sobre la parrilla y se asomó a las profundidades del compartimiento del motor. Para Quinn, no parecía ser un hombre a punto de arreglar algo. Por el contrario, parecía casi estar de brazos cruzados cazando alrededor, pinchando esto y hurgando lo otro. Olió el aire caliente sobre el motor, y luego se puso de pie de nuevo con un movimiento de cabeza.

—No hay nada, —dijo, casi para sí mismo.

—¿Qué? —Preguntó Quinn, volviéndose seriamente molesto. —Pensé que usted había dicho que sabía cómo trabajar en esto.

—El problema no es con el motor, —el anciano dijo con un guiño a paso ligero. —Tiene que estar en la parte de atrás. Abra el maletero. Déjeme ver.

—El maletero. —Quinn repitió con escepticismo, bajando el capó.

—Eso es lo que dije. Ábralo.

Quinn cerró el capó y negó con la cabeza. —Mire, si todo es lo mismo para usted...

—¿Quiere que esta cosa vuelva a funcionar o no? —Dijo el anciano, enderezándose por primera vez. Él era, Quinn vio, más alto de lo que en un principio había parecido. Su espalda encorvada parecía de repente muy recta. Su voz sonaba aún más firme, menos sibilante, más imponente. —Abra el maletero y voy a hacer que todos sus problemas desaparezcan.

Quinn miró al hombre con una mezcla de desconcierto y temor. Suspirando, sacó sus llaves.

—Mis cosas están todas allí atrás, —dijo, llevando al hombre hacia la parte trasera del coche. —Usted no va a ser capaz de ver nada.

—Voy a ser capaz de ver muy bien, —dijo el hombre con una voz baja y áspera.

Quinn puso la llave en la cerradura y la giró. Con un chasquido el maletero se abrió.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—Permítame simplemente... —comenzó, pero el anciano lo empujó con el hombro, inclinándose sobre la maraña desordenada del equipaje y las bolsas de lona de Quinn. Empezó a empujarlas a un lado, palpando y sondeando una por una. Quinn vio esto con creciente incredulidad.

—Cualquiera que sea el problema con el aceite, —se aventuró en voz alta. — No está en ninguna de mis bolsas.

—¿Está tan seguro? —El hombre gruñó, comenzando a tirar las cosas de Quinn a la calle.

El temperamento de Quinn finalmente estalló. —Muy bien, es suficiente, —dijo, agarrando una bolsa de lona con una mano y el hombro del hombre con la otra. —No sé qué es lo que usted cree que está haciendo, pero es obvio que no estamos arreglando mi coche. ¿Por qué no simplemente...?

La parte trasera de la cabeza de Quinn conectó con el poste de luz antes de que él supiera lo que pasó. Dejó caer la bolsa de lona, se agarró la parte trasera de la cabeza y se deslizó torpemente a la acera, a quince pies de distancia del coche.

El viejo (que de repente no pareció particularmente viejo del todo) todavía estaba de pie cerca del maletero abierto, pero miró hacia atrás de nuevo a Quinn con una mirada de calmada advertencia.

—No querrá tocarme de nuevo, —dijo, con todo el resuello salido de su voz. —Si sabe lo que es mejor para usted.

Reanudó su saqueo del maletero, llegando a ser agitado, murmurando airadamente por lo bajo.

Quinn se puso de pie mareado. Había un punto caliente y húmedo en la parte de atrás de su cabeza. Lo tocó con cuidado con los dedos y estos se cubrieron de sangre. El anciano lo había empujado. Eso tenía que haber sido. Pero ¿quince pies? *Nadie* era capaz de tal ¿fuerza?

Y sin embargo, la respuesta estaba justo en frente de él. El sibilante y encorvado anciano estaba de repente erguido, con los hombros cuadrados y su tenue pelo gris, ahora era espeso y negro. Lanzó el estuche de guitarra de Quinn a la calle con estrépito, apenas deteniéndose.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

Todavía sintiéndose mareado, Quinn miró alrededor de la calle soleada. La gente estaba pasando, mirando ociosamente al hombre que saqueaba el coche, pero nadie se detuvo. Para el observador externo, la escena probablemente se veía como un padre disgustado buscando en el coche de su hijo por algún contrabando ligeramente ilegal.

Quinn se tambaleó fuera de la acera y en la calle, haciendo un amplio ángulo hacia la puerta del pasajero del Toronado. Llegó a ella, maniobró el cerrojo, y tiró la puerta abierta. Un momento después, cayó dentro.

—¿Dónde está? —La voz del hombre hervía desde las profundidades del maletero detrás de él. —¡Está aquí! ¡Igual que antes! ¡Puedo *sentirla*!

A pesar del calor de la mañana, una especie de frialdad sobrenatural cayó sobre Quinn donde estaba sentado. El hombre estaba buscando algo; algo que él sabía que tenía que estar allí, algo que reconoció. Pero, ¿cómo podría? Fue la mención del Toronado que lo había hecho. No mucha gente los conducía, ya no. Fue entonces cuando el viejo había cambiado, volviéndose repentinamente interesado.

—¿Dónde estás? —gruñó, sacudiendo el coche con fervor cuando sacó las cosas del maletero, lanzándolas a la calle. —¿Dónde *estás*?, ¡Maldita sea!

Y luego, de repente, se detuvo. Se hizo el silencio, interrumpido sólo por el tenue zumbido del tráfico distante y el ladrido de un perro en las inmediaciones.

Y Quinn se dio cuenta de que sabía lo que el hombre estaba buscando.

Se tambaleó en el asiento del pasajero, se inclinó, y metió su mano bajo el asiento del conductor, frenéticamente a tientas. No estaba allí. Giró su cuerpo, revolviendo más abajo del asiento, escarbando en la oscuridad. Sus dedos rozaron algo, un objeto pequeño y pesado envuelto en trapos grasosos. Lo cogió torpemente y luego se apoderó de ella.

—¿Qué eres entonces? —Una voz exclamó con dureza en su oído, y un par de manos fuertes y nudosas lo agarraron, sujetándolo en la pantorrilla y el hombro, lanzándolo fuera del coche. —¿Eh? ¿Dónde está? ¡Dámelo ya!

Quinn se revolvió, trepó a la puerta del coche en vano y cayó dando tumbos en la calle. El hombre se cernía sobre él, en una sombra lúgubre contra el sol de la



## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

mañana. Lo alcanzó de nuevo, pero Quinn se revolvió hacia atrás, sin soltar el objeto que se había llevado debajo del asiento. El hombre siguió acechando resueltamente, persiguiendo a Quinn en las sombras de la acera de enfrente. Un camión del periódico permanecía en ralentí contra la acera, con su escape haciendo un penacho de ricos humos en el aire inmóvil. Quinn chocó contra los neumáticos del camión y trató de trepar de un salto.

El hombre le dio una patada, tirándolo hacia abajo.

—Dámelo ya, —ordenó, levantando la barbilla y echando mano a su bolsillo trasero. —Dámelo y tal vez este día pueda acabar contigo todavía vivo.

Quinn negó con la cabeza. Buscó algo que decir, alguna refutación concisa que pondría fin a este enfrentamiento incomprensible. —Po... —tartamudeó, agarrando el objeto envuelto en su pecho. —Po... ¡Por encima de mi cadáver!

El anciano asintió con firmeza y suspiró. —En ese caso... —Él levantó el puño detrás de su espalda y una vara larga y afilada sobresalía de ella. Apuntó con ella a Quinn, mirándola detenidamente, y entró de nuevo en la luz solar de la calle, trazando su objetivo.

Y en la mano de Quinn, el objeto envuelto *pulsó*, de repente tan frío como una lápida de enero.

—¡Avada...!

Hubo un chillido, un cuerno a todo volumen, una vibración de neumáticos rechinando y el hombre fue golpeado en la vista, sustituido por un borrón de metal gris-verde. Era un camión de la basura, girando de lado cuando frenó. Quinn (y James también) podían oír las maldiciones frenéticas del conductor incluso por encima del ruido de los neumáticos chillando. Un momento después (y veinte pies de distancia) el camión de la basura se sacudió en seco, produciendo un real accidente congestionado de basura regada.

Débil, con incredulidad y en shock, Quinn finalmente se puso en pie. Se tambaleó alrededor de la parte delantera del camión del periódico a donde estaba el camión de la basura en ralentí, en un torcido ángulo hacia la acera. El anciano yacía en la sombra de éste, deshecho y sangrando, con la suciedad del suelo cubriendo su mejilla y la frente. Su varita estaba rota en su puño cerrado.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

—¿Qué demonios...? —una voz de hombre gritó, y luego, chilló con incredulidad, —¡Él otra vez!

Quinn levantó la vista, vio al conductor del camión de basura de pie al bordo de su camioneta, agarrando la puerta abierta. James no se sorprendió exactamente al ver que era el mismo conductor, sólo unos diez años mayor, con el abultado mentón y mejillas grises con barba.

—Vaya en busca de ayuda, —dijo Quinn suavemente. —La policía, ambulancia. Lo que sea.

El conductor miró a Quinn, al cuerpo en la zanja, y luego de vuelta otra vez. —Lo que tú digas, chico, —dijo, sacudiendo la cabeza con asombro. —Pero no creo que le haga bien a alguien. —Volvió a mirar de nuevo al hombre moribundo abajo y murmuró, —¡Cielos! Hablando de lo que va y vuelve...

Quinn se acercó a la figura sangrando en la sombra del camión de la basura. Mientras lo hacía, sintió la tela que caía del objeto en la mano. El moribundo la vio y sus ojos brillaron de manera extraña. Dejó escapar una áspera y amenazadora risa.

James miró. Era la antigua pistola. La que había matado a Magnussen en un callejón en 1859. La que había viajado de alguna manera a través del tiempo, pasando de una mano a otra, para terminar aquí, en este momento. Quinn la miró en su mano.

—Esto es lo que usted quería, —dijo inexpresivamente. —Pero... ¿por qué?

El rostro del hombre se retorció de dolor y rabia. —Es... más poderosa que para una criatura como usted... —Él tosió violentamente y escupió sangre. —Para una criatura que sepa qué hacer con ella.

Quinn dio otro paso hacia delante y se puso sobre el hombre. Bajó la vieja pistola descargada a su lado. —Tú mataste a mi madre, —dijo, más que confirmar lo que ya sabía.

El hombre mostró los dientes ensangrentados y luchó por su última respiración entrecortada. —Matar a Muggles, —dijo con voz áspera, —no es... un asesinato.

## JAMES POTTER Y LA RED DE MORRIGAN

Cayó contra la acera, con su fuerza agotada. Un momento después, su pecho cayó y no se levantó de nuevo. Todavía se quedó mirando a Quinn, pero los ojos estaban tan vacíos como canicas.

Quinn lo miró. Se había acabado, pero no fue satisfactorio. James lo podía ver en el rostro del joven. Quinn no tuvo más respuestas. Apenas más preguntas. Era como si estuviera dispuesto a que el muerto volviera a la vida, para hacerle las preguntas que ahora, de repente, parecían tan importantes.

¿Por qué era el arma (este antiguo e inútil revólver viejo) por lo que valía la pena matar? ¿Qué había querido decir con que tiene más poder de lo que él, Quinn, hubiera sabido hacer con ella? ¿Qué había sido ese palo en la mano del hombre? ¿Era eso lo que había matado a la madre de Quinn de alguna manera, hace tantos años?

Tantas preguntas y casi sin respuestas.

Finalmente, después de lo que pareció toda una vida (pero realmente fue menos de quince segundos) Quinn se curvó, recuperó el rollo de tela grasienta del pavimento y envolvió la pistola en ella. Regresó a su Toronado, nuevamente guardó el arma envuelta debajo del asiento del conductor, y luego volvió al cuerpo del asesino de su madre. Con calma, se sentó en la acera y se quedó mirando a los ojos en blanco como mármol del muerto. Allí esperó a la policía, cuyas sirenas incluso ahora fueron haciendo eco a lo largo de la calle.

Y James se sumió en la distancia, dejando a Quinn, mirando al extraño joven, indagando en calma, deseando poder responder las preguntas para él.

La pistola era poderosa porque había acabado con la vida de un gran mago oscuro, y se había convertido en una especie de varita, absorbiendo la energía del mago, convirtiéndola en una extraña energía mágica. Era inexplicable, pero también era innegable.

De algún modo, de alguna manera (James pensó cuando la oscuridad flotó sobre él, envolviendo la escena) esta fue la respuesta. Esta extraña y larga historia, fue la respuesta a su pregunta más apremiante.

Y cuando James cayó en la oscuridad del olvido cerrando el sueño, se dio cuenta: Quinn no era el único con más preguntas que respuestas.

